

veces sus investigaciones y plegarias para contestar á cartas de aquella reina, cuya completa confianza había conservado.

Ningun otro lugar hubiera podido ser tan favorable para observaciones astronómicas como aquel convento, cuyas ruinas..... me equivoco, cuyas construcciones, restauradas poco ha por un príncipe francés, dominan al sud una vasta extension de mar, y al norte las inmensas llanuras que abarcan á un lado el Guadalquivir, y al otro el Guadiana.

Aquel convento era por lo demas tan humilde como la familia religiosa que lo habitaba: toda su riqueza consistía en un jardin, algunas viñas, inmensos cipreses, abetos, palmeras, —de estos últimos no quedan ya más que una, y es casi el único de los tesoros vegetales de la Rábida que ha respetado el furor del tiempo y el de los hombres.

Á poca distancia está Palos de Moguer, pequeño puerto de mar, actualmente no ménos desolado que el convento que lo domina y todo el terreno que lo rodea; pero no estaba inactivo, ni carecía de cierta importancia tampoco en 1485, y el padre Juan de Marchena encontraba en él para consultar la experiencia de muchos pilotos, y hasta de algunos hombres instruidos, tales como García Hernández, médico de la comunidad.

Un día que este último acababa de hacer su acostumbrada visita al convento, acompañándole hasta la puerta el padre Guardian, se detuvo ante un espectáculo que la situacion extraviada de la Rábida hacia poco comun.

Un niño de fisonomía interesante y distinguida, pero pálido, pobre, y abrumado al parecer de fatiga, devoraba algunos alimentos que el padre portero se había apresurado á ofrecerle. En frente, un hombre vestido apénas con algunos andrajos, lleno de polvo, mirando al niño con tierna mirada, con una mirada que no podía ser sino la de un padre.

Juan de Marchena era padre tambien, padre de una familia pobre, pero que amaba y honraba la pobreza. Comenzó pues por invitar á su nuevo huésped para que reparara sus fuerzas, y cuando este hubo tomado su parte de la colacion, el buen padre, seguro de no ser indiscreto, no vaciló en interrogarle, porque había reconocido un hombre en aquel continente; aquel noble rostro que ya hemos descrito, en aquellos ojos humedecidos por la gratitud, pero cuya seguridad no habían podido hecho ceder ninguna tribulacion, ninguna vejacion ó desaire.

El extranjero contestó que era genoves, como lo indicaba su acento; que se llamaba Cristóbal Colón, y que habiendo concebido la idea y resuelto el proyecto de ir á la India por «el mar Océano,» iba á ofrecer á los dos reyes el compartir con ellos la gloria de dicha empresa, cuyos gastos todos correrian naturalmente á su cargo.

Á esta declaracion de tal ingenuidad que cualquier otro hombre hubiera quizas



LEGADA DE COLÓN A LA RÁBIDA

...cartas de aquella reina,
cuya com...

...observaciones astro-
...cuyas construc-
...dominan al sud una vasta
...que abarcan á un lado el

...la familia religiosa que lo
...vastas vidas, inmensos cipres-
...no quedan ya más que una, y es casi el
...que ha respetado el furor del tiempo y

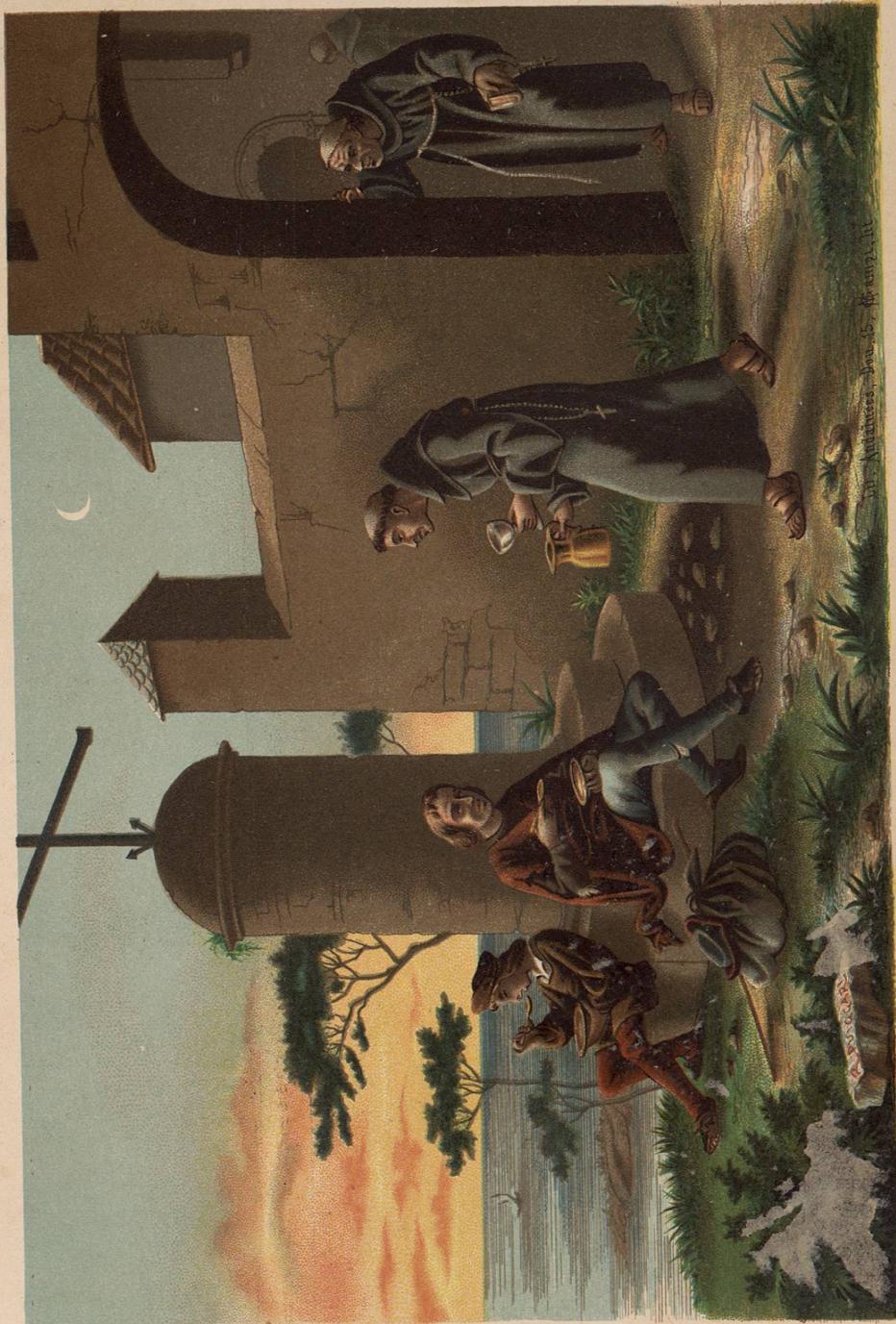
...pequeño pueblo de mar, actualmente
no mños desolado que el convento que lo domina y todo el terreno que lo rodea;
pero no estaba inactivo... importancia tampoco en 1485, y el
padre Juan de Marchena encontraba en él para consultar la experiencia de muchos
pilanos, y hasta de algunos astrónomos instruidos, tales como García Hernández,
padre de la comitiva.

...hacer su acostumbrada visita al convento,
...Guardian, se dice que...
...hacia poco como
...perdió, pero podía...
...que el padre...
...apenas con algunos andrajos,
...que no podía

...padre también, p...
...pero que ama-
...por in...
...para que
...de la colacion, el buen
...porque había reco-
...que ya hemos descrito,
...seguridad no habían
...desaire.

El extranjero contestó que...
...llamaba Cristóbal Colon, y que...
...y resuelto el proyecto
...ellos la gloria de dicha empresa, cuya...
...naturalmente á su
cargo.

...de tal ingenuidad que...
...hombre hubiera quizas



...LEGADA DE COLON A LA RÁBIDA

calificado de locura, no manifestó la más mínima sorpresa el padre Marchena: participaba, dijo, de las convicciones de Colon; tampoco dudaba que los dos reyes, — uno de ellos á lo ménos, — acogerian con alegría su proposicion; pero las circunstancias distaban mucho de ser favorables, y, esperando que lo fueran, no podía Colon rehusar de la comunidad el asilo que tenia muy á dicha ofrecerle.

Este ofrecimiento tan sencillamente hecho no fué ménos noblemente aceptado, con grande alegría del niño Diego que, lo mismo que su padre, vistió aquel mismo día el hábito franciscano, aquel mismo hábito que Colon habia tanto tiempo llevado ántes por devocion, y un poco tambien por economía.

Á pesar de la impaciencia que aqui siento por mostrar al héroe de esta verídica novela llegando finalmente á su objeto, no puedo prescindir de detener á mi jóven lector, y hasta otros, si los tengo, en esta época de una vida que apénas si tuvo jamas ningun reposo. Durante esta permanencia de cerca de un año en la Rábida, no parece que ese infatigable luchador sufriera con impaciencia los retardos opuestos á su empresa. Tenia á su hijo á su lado; se creía en su genio; admirábase su elocuencia; su perseverancia, su valor de leon, su piedad de ángel; se participaba de sus esperanzas y se las alentaban, esperanzas que el digno Juan Pérez trabajaba por realizar con todas sus fuerzas, con todo su corazon por el crédito de que gozaba cerca de Isabel.

La ocasion parecióle finalmente propicia para un paso en este sentido; las operaciones de la guerra contra los moros habian llevado á los dos reyes á Córdoba, donde parecia que debian permanecer algun tiempo y tomarse algun descanso. Colon partió para dicha ciudad con una carta de recomendacion para el confesor de la reina; pero sus proposiciones no fueron ni siquiera escuchadas; tratósele de visionario, y vió alejarse la corte de Córdoba sin que hubiese obtenido una mirada de aquella Isabel en la que sin embargo creía siempre.

El modesto Juan Pérez habia dudado demasiado de si mismo: no habia enviado directamente su amigo á la reina.

Residiendo Colon en Córdoba, continuó, para vivir, sus trabajos de cosmografía; reclutando por lo demas todos los dias partidarios de su sistema y creándose numerosos é influyentes amigos. Á pesar de la humildad de su situacion presente, su mérito se abria de tal manera pasó, que le valió la mano de una señorita noble, doña Beatriz Enríquez, de quien tuvo muy luégo un hijo, al que dió el nombre de Fernando.

Este matrimonio, referido por el historiógrafo real de España, Antonio de Herrera, encontró por de pronto en la familia Enríquez una oposicion que se ha exagerado á no dudarlo, porque, desde su primer viaje, y cuando su futura grandeza no era todavia más que un problema muy disputado, llevaba Colon consigo

un sobrino de doña Beatriz, y, más adelante, un joven hermano de esta señora mandaba uno de los buques de la tercera expedición.

Por lo demás, no debían gustar mucho tiempo los dos esposos las dulzuras que se habían prometido. Colon no se pertenecía, pero si él lo había olvidado y hecho olvidar un instante, acordóse de ello doña Beatriz en la hora de las separaciones, y se resignó noblemente á la sola grandeza que pudo igualarla á su esposo: la abnegación. Dedicóse completamente á la educación de su hijo y del primogénito de Colon, que muy pronto le fué confiado, y no viendo á su marido sino con largos y raros intervalos, vivió oscuramente, pero digna y útilmente cerca de su familia en Córdoba.

No había cumplido aún el año de su matrimonio, cuando la corte militante de los dos monarcas había tomado sus cuarteles de invierno, ó mejor dicho de verano, en Salamanca, y Colon debió trasladarse apresuradamente á dicha ciudad, á donde le llamaba González de Mendoza, arzobispo de Toledo, gran cardenal de España, á quien le habían recomendado sus amigos de Córdoba. Muy pronto tuvo ganado á favor de su causa á este prelado, perplejo un momento por escrúpulos teológicos, cuya inanidad le fué demostrada ménos por los argumentos que por la fe de Cristóbal Colon, y aquel oscuro piloto genoves, aquel aventurero extranjero,—extranjero, que era lo peor,—aquel visionario, aquel hereje, fué presentado en audiencia solemne á los dos reyes por un cardenal, por un personaje que gozaba de tanto crédito, que se le llamaba el tercer rey.

Entre tantos reyes, no vió Colon, en aquel momento, más que uno solo: Isabel.

Contemplaba finalmente aquella maravilla, honra, amor y salvación de la cristiandad. Veíala tan hermosa como buena era, con aquel continente que la engrandecía, con sus facciones nobles y finas, sus abundantes cabellos y con el mismo color rubio tan querido de los pintores de vírgenes; sus ojos de color de mar como los de Colon que parecían reflejar; y cuando aquellas dos miradas se hubieron finalmente encontrado, cuando aquellas dos almas se hubieron comprendido por una misma creación, estaba realizado el milagro, estaba hecha la unidad del mundo.

Pero si el porvenir pertenecía en lo sucesivo á Colon, el presente estaba todavía, por un tiempo, en la mano de los hombres, en la garra del diablo, como decía el buen Nolo, que llamaba siempre las cosas por su nombre. Las razones de nuestro héroe, si habían arrastrado á la reina y dado que pensar al rey, no habían producido más que insignificante efecto en una reunión compuesta ménos de geógrafos que de hombres de Estado y de teólogos. Entre estos últimos, solamente los dominicanos, para eterna gloria de su orden, habían reconocido la plausibilidad y ortodoxia del sistema.

Habían ofrecido á su autor la más franca hospitalidad en su convento de San

Estéban, donde se celebraban las conferencias, con una solemnidad que produjo á lo ménos el efecto de ensalzar á Colon en la opinión pública. El rey y la reina le demostraban además una benevolencia real, y sus mismos jueces, combatiendo sus ideas, confesaban que les pesaba resistirse á los encantos de su elocuencia.

Por lo demás no le oponían más que opiniones incoherentes, preocupaciones ya añejas. Unos trataban de sueño la existencia de un hemisferio donde los hombres y los animales habrían tenido que caminar de cabeza abajo y piés arriba. Otros, admitiendo la esfericidad del globo terrestre, veían en ella un obstáculo insuperable, sino para la ida á lo ménos para la vuelta de la expedición proyectada.

Más fácil le era á Colon contestar á semejantes objeciones que persuadir á jueces dominados en secreto por la cuestión de oportunidad. Efectivamente, la guerra acababa de recobrar nueva actividad, y aquella famosa junta reunida con tanto trabajo, se separó sin haber acordado nada.

No obstante, los dos reyes se tenían por suficientemente satisfechos. Colon había adquirido cerca de ellos una importancia moral que fué en aumento en los años siguientes, por la parte que tomó en la guerra santa, como ingeniero y como soldado.

Sirviendo en el sitio de Málaga por la primera vez bajo las órdenes de Sus Altezas, vió á la heroica Isabel, vestida con su deslumbrante armadura, y, como un arcángel, blandiendo aquella espada que era ménos arma que símbolo, y que hoy se admira todavía en *la Armería Real de Madrid*. En la hoja está incrustado el nombre del célebre armero *Antonius*, y en la guarnición se lee en una cara: *Deseo siempre la honra*, y en la otra: *Ahora velo; paz conmigo*.

Habiéndose rendido Málaga en 1487, aposentado Colon, indemnizado de sus gastos de campaña, mecido además por halagüeñas promesas, siguió la corte á Zaragoza, después á Valladolid, donde recibió del rey de Portugal una carta casi suplicante, en la que este monarca se esforzaba por reanudar las relaciones interrumpidas, aceptando de antemano todas las condiciones que «su amigo particular» había anteriormente impuesto para la ejecución de su empresa.

Terminaba entonces el año 1488; la guerra llevaba trazas de alargarse; los dos reyes estaban siempre en buenas disposiciones, es cierto, pero Colon, y él lo conocía, había perdido más que ganado, por razón de este mismo favor, en el ánimo de sus adversarios.

En semejantes circunstancias, el ofrecimiento de Juan II era muy á propósito para atraerle; sin embargo, no contestó á él sino con una negativa respetuosa pero formalmente expresada.

No vaya con esto á creerse que conservara contra el rey de Portugal el resentimiento de una injuria que este parecía reparar con tanta abnegación y favor; pero Colon no contaba ya en lo sucesivo sino con Isabel.